

Los Soldados

¡Los humildes soldados campesinos! Entran esos hombres en el número de los que siempre me inspiraron amor: los esclavos. Los esclavos cuando no lo son de voluntad, cuando no es la vileza de su pensamiento quien los ata á la noria de la sumisión merecen ser amados. Es amable el paria, el proscrito de la vida libre. Hay que amar en él la esperanza en su resurgimiento que lo alienta, y el esfuerzo que al calor de ella rebulle en su corazón oprimido. Cuando el hombre quiere enderezar la frente y elevar su mirada, es hidalgo amarlo, es noble, es generoso.

La vida doliente de los soldados campesinos ha hecho que anide en mi ánimo más de una amargura punzante como un cardo seco; he sentido que á mi espíritu lo muerden las mismas hondas congojas que laceran sus cuerpos fatigados; y mi cuerpo se ha estremecido bajo la impresión del dolor que se distiende en sus almas. En sus almas puras y sencillas de campesinos... En sus almas oprimidas de soldados...

Allá en lo hondo de los ojos de esos hombres, entre las brumas de tristeza que los nublan, y tornan agónicas las fulguraciones que fueran hermosas antes, cuando el campo amplio, alegre y destellante, recogía la oración de sus miradas, hay un vago tinte de semblanza con el mirar penosamente incierto de los bueyes. De los mansos bueyes que encendieron el fuego de su virilidad ante el altar siniestro del yugo...

¡Cómo es verdad que los soldados son bueyes, bueyes que al igual de los que agostan el césped de los campos lejanos y arrastran sobre ellos la furia tajante del arado, han de poner

el punto final á su existencia entre la sangre del matadero! Triste es morir así. Morir cuando no se ha vivido. Es estar despojado del hermoso derecho de morir por deber. Porque el deber de morir por la patria, quién no sabe ya que es una ignominiosa sumisión, como son ignominiosas todas las que nos anulan para comprender las cosas realmente grandes. Las cosas de la vida profunda. Las cosas de la vida humana, tan distinta de la que reflejan en sus ojos tristes, los tristes bueyes. El heroísmo es una virtud corruptora, la más viciosa de todas quizá. La muerte más despreciable es por eso la del héroe patriota. No es digno de haber vivido quien muere glorificado por la patria.

Pobres soldados campesinos, hijos de la montaña altiva como la lealtad. Dicha grande es que en esta tierra no estéis destinados á ser héroes... Yo pienso mucho en vosotros cuando recostado en los postes de piedra que rodean la plaza de armas, os veo marchar automáticamente; pienso entonces en vuestras almas, en vuestros cuerpos, pienso en vuestros añorados hogares distantes, en los campos que consumieron vuestros primeros vigos, en las aves que cantaron vuestras entradas al trabajo, en la placentera campesina que os besaba la frente sudorosa en la hora melancólica del atardecer. ¡Recordar cómo erais, qué triste! Es angustioso recordarlo. ¡Haberos visto antes, y contemplaros hoy que ya no sois los mismos!... Haberos visto encaminar vuestros pasos en la hora primera del día hacia el amado plantío, acompañados del gruñidor perrillo retozón, con la pala al hombro, rientes, frescos, agresivos para la amenazante

fatiga, con un envejecido *calabozo* pendiente de la nervuda mano, crispada por el ansia de trabajar... y veros ahora enfilados como bestias, marchando maquinalmente bajo el peso del rifle, repletos los rostros de palidez, de cansancio las espaldas, inclinados, oyendo ya no el armonioso y acariciante murmullo campestre, sino el tosco bullicio de la urbe, y á ratos, cual chasquidos de un látigo, las groseras voces de mando...

Pobres vosotros, campesinos humildes, á quienes se pone una arma en las manos y se incuba la artera noción del exterminio en el alma. Pobres vosotros, que acaso sentís ya también, como los amos que os humillan brutalmente, las caricias insinuantes y los lascivos lisonjeos de la perversa ambición dominadora que tantas veces os ha hecho inclinar la espalda ante la amenaza de la hoja de acero, del cintarazo vil, del hosco cintarazo infame que pone en fuga, á fuerza de morder vuestras carnes cansadas, las nobles rebeldías que á ratos os disponen á recobrar valerosamente los derechos perdidos. Perdidos tal vez para siempre.

El sol de vuestros campos que allá os acariciaba sonriente, con celestial sonrisa, aquí os quema sin piedad; el agua del bullidor manantial que allá vigorizara vuestros cuerpos, os enferma aquí. La apacible dulcedumbre del hogar, blanda como el césped joven, que era el encanto vuestro, trócase aquí en áspera voz que ordena, en irritado gesto que intimida. Y así todo... Y así todo lo que era bueno... Cuanto vosotros quisistéis... Todo eso se extingue cuando dáis el primer paso hacia dentro del sucio portalón del cuartel,—lóbrego portalón que debe de pareceros cuando su imagen hiere por primera vez vuestras retinas asombradas, el frontispicio de una tumba inmensa, colosal. Que en verdad es el cuartel la tumba de todo lo que en vosotros era verdadera virtud y lozanía de espíritu!

Cómo os parecerá nostálgico el canto periódico del clarín que toca diana,

á vosotros los que sorprendisteis al orgulloso gallo de vuestros lares aprestarse para saludar el florecer augusto de la aurora, soberanamente? Recordáis? Recordáis que el gallo os llamaba todos los días á animar la quietud de la labranza en reposo con la fiesta fecundamente hermosa de los esfuerzos afares vuestros? Ah!, sí: sí sabéis que el agudo sonido del dorado metal no es el mismo que alegraba entonces vuestros oídos. El clarín no es amigo vuestro, no es vuestro hermano; su voz ha perdido encanto y dulzura en la fatídica hermandad del rifle, de la deslumbrante bayoneta, de la filosa espada, de la vara traidora del cabo, del rugidor cañón. El no sabe las que el inquieto gallo: canciones de paz, psalmos de salud y alegría. Sus endurecidos labios sólo pronuncian malditas voces de guerra, de sangre, de muerte, de horror... y de irremediable obediencia. De obediencia ciega.

Con algo que mucho se parece al clarín se llama y enfila, se endilga al ganado. Y el rebaño, acallando sus enojos, marcha, marcha sumisamente hacia donde lo quieren las vibraciones que atraviesan el aire. He ahí el destino fatal de todos los rebaños: oír la orden, y adelante, más adelante, hasta dejar atrás, muy lejos, perdida, olvidada, la ensoñada vida de la verdad.

Oh! soldados campesinos! No hay que llorar por la pureza ya macilenta de vuestras conciencias; no hay que llorar por la desolación de vuestros hogares entristecidos; no hay que llorar por el quietismo de vuestras tierras adormiladas en la espera de vuestros brazos...

Con el clarín se anuncia la salida de las bestias á la plaza en las bárbaras lidias de toros: la aparición de la bestia en vuestras almas se anuncia también con el clarín. El la aclama regocijado. Cuando ya no querráis oír más las palabras de ese tétrico agorero, abrid los oídos del alma á los cantos de protesta que en sus hondones brotan y á las voces de solidaridad que allí se elevan. Brotan y se elevan, desbordantes de porvenir, como una hermosa promesa

de redención que no debieráis rechazar. Recogedla! Y pensad que en ciertas rumorosas noches del año, sin recordar que hay humanas leyes y fronteras que ellas demarcan, bandadas de aves que vienen de otros países, atra-

viesan volando con mágica velocidad el inviolable territorio patrio, en busca de más dulce abrigo, de vida más amplia para ellas y sus hijos.

OMAR DENGO